

Literatura

MANUEL GREGORIO GONZÁLEZ

Fábula de Tierra Caliente

Periférica publica
'Saide', novela negra
singular, vívida e
intensa, obra del
escritor colombiano
Octavio Escobar Giraldo

Saide • Octavio Escobar Giraldo •
Editorial Periférica • Cáceres, 2007 •
152 páginas • 12,50 euros



■ El género negro, tan denostado, tiene sin embargo un clima de trepidación humana, de vivisección en crudo, que la novela del XIX, por ejemplo, se olvidó

de contarnos entre tanto suceso épico y los adulterios con faja de la señora Bovary. Quiere decirse, con perdón, que es la América de Poe, como ahora la de Escobar Giraldo, la que nos dice el tiempo de morir (*El tiempo de los asesinos* que cantaron, uno detrás de otro, Rimbaud y Henry Miller), y el asombroso tiempo de la vida, su faz múltiple, en la que el hombre tiene más de pelele goyesco que de cabeza ilustrada, asomándose a la cuadrulación del mundo.

Es Valle-Inclán en su *Sonata de estío*, antes que Carpentier, Asturias o Uslar Pietri, cuando anduvieron por el París vanguardista de primeros del XX, quien primero nos ofrece la americanía desnuda, la dulce y feroz devastación de la Naturaleza, erigida ya en diosa vertical y viva, que exige su antiquísimo óbolo de sangre. Pues bien, Escobar Giraldo, como Lowry, como Rulfo, trae a la ac-

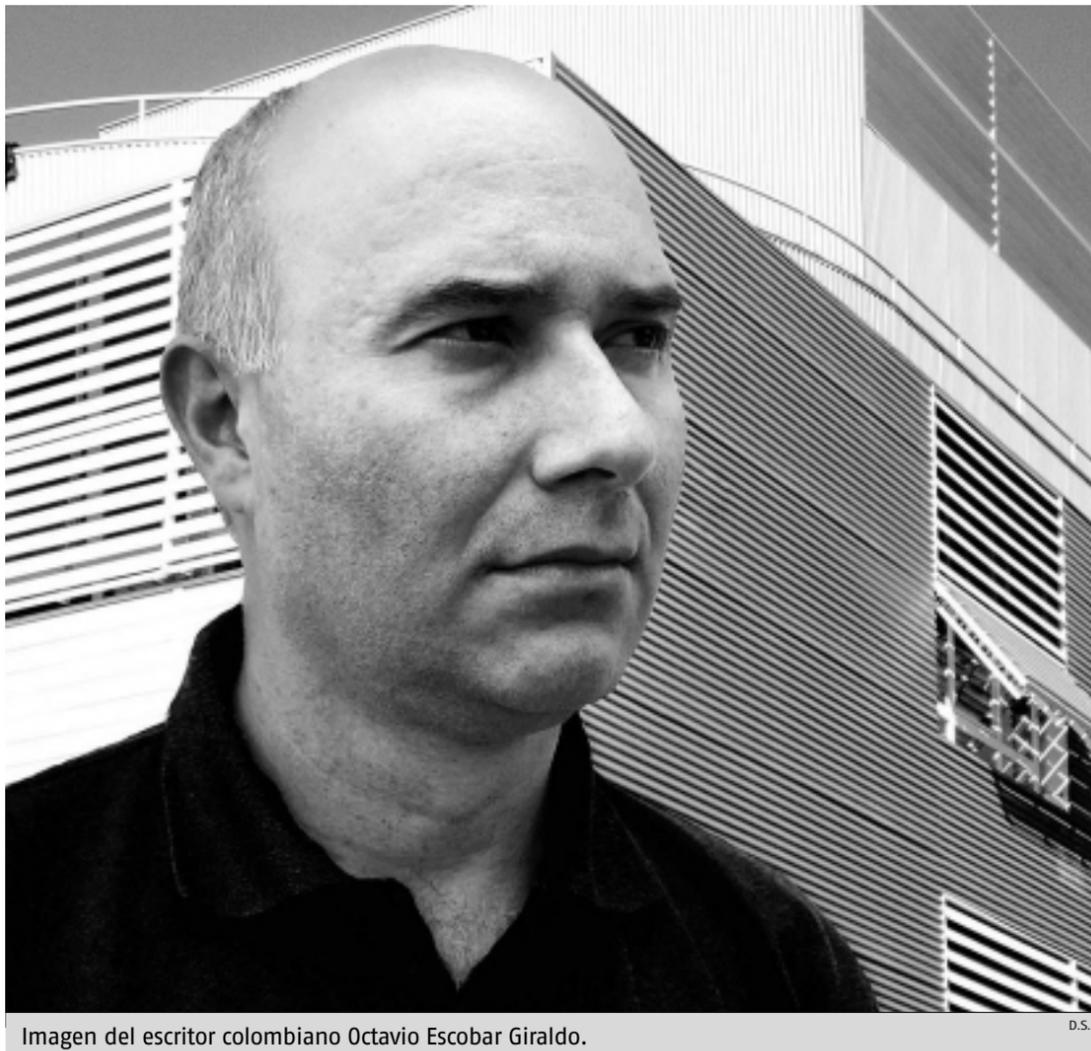


Imagen del escritor colombiano Octavio Escobar Giraldo.

tualidad el amistoso soplo de la muerte, considerada aquí (ay, lo carnavalesco, tan lejano), como una forma capital del existir humano, y nunca como una magnitud foránea, como brote esquizoide que medra, pujante, contra el bulto azaroso de lo vivo. Quizá, el mayor acierto de esta novela, *Saide*, es el que deviene de su propio nombre, o sea, el enigma femenino, la inquietud del sexo, el espasmo y la fe del hombre en un amor

furtivo y entrevisto en lejanas piscinas. O dicho de otro modo: el viejo *cherchez le femme*, de nuestros sabios y pérfidos vecinos transpirenaicos. A lo cual se añade la irresolución, el misterio, la clara irrelevancia del sicario, cuando hemos perdido la brújula y el temblor del mundo. ¿A quién le importa la autoría del crimen, si el resultado es la orfandad, el vacío, la rigurosa planicie del averno? Aquellos que leyeron la *Sona-*

ta de estío ya saben de la sed de la hembra, del bosque de los celos, de lo sagrado en armas, de la infinita violencia en la que yace el amor, así como en su oscuro gemelo: el sacrificio, la devoración, el apropiarse omnívoro del otro.

En *Saide* hay un vago cruce de narcos, especuladores e inquietos pederastas, cuyo resultado es la minuciosa estampa de un continente vivo (aquí tuvimos la España de Montalbán, sudorosa y ur-

gente), por el que medran espectros armados y matarifes apáticos que cumplen su trabajo. No encontramos en *Saide* nada personal, salvo el brusco sobresalto del amor, de la vida, de la mujer soñada, que nos lleva a la ambarina salvación del whisky. En cualquier caso, se trata de una novela inteligente, audaz, en taracea, de la que asoma un ser humano cínico y perdido, que halla su redención en el fugaz milagro de los cuerpos. Inevitable, pues, pensar en la tiránica y gloriosa Niña Chole de Valle, en el poder ominoso, atávico, fenomenal, de la mujer morena, cuando en Europa pervivía el mito de la ninfa rubia, clorótica y mediatunda, como una Ofelia dada a los cafés, dormida sobre el

RETRATO

Hay un vago cruce de narcos, especuladores y pederastas cuyo resultado es la estampa de un continente vivo

lúaudano. Pero es la tierra, el meteoro, las sangres sucesivas, lo que aquí se ofrece. Es la violencia como casualidad, como costumbre, y no como irregularidad burguesa, lo que Escobar ha insinuado. ¿A esto se le llama posmodernidad, a la movilidad de tiempos y escenarios, a la alternancia de hombres, de temores y vidas, al fantasmal y vago deseo de un cuerpo extraño? Quién sabe.

En cuanto que novela negra, *Saide* tiene la rara cualidad del cataclismo, y la serena distancia de un vaticinio arcano. El hombre aquí es un ente arenoso que dobla su cerviz ante lo ignoto. El secreto, la cifra, la dulce concavidad del milagro, es siempre la curva insólita de una mujer, su milenaria fascinación, su fuego humano. En ese fuego, ay, querriamos consumirnos, y no en la zarza ardiente de los puros.

MUSICA

En un palacio del Renacimiento

EL CORTESANO

'Noches en los Jardines del Real Alcázar'. **Componentes:** José Hernández-Pastor, contratenor; Ariel Abramovich, vihuelas. **Programa:** Obras de Diego Pisador. **Lugar:** Jardines del Real Alcázar. **Fecha:** Viernes 13 de julio. **Aforo:** Casi lleno.

★★★★

PABLO J. VAYÓN

■ Sevilla fue centro vital de la difusión de la música para vihuela, instrumento noble por excelencia del Renacimiento español. En

Sevilla se publicaron dos de las siete ediciones vihuelísticas que han sobrevivido, y en los grandes palacios de la aristocracia hispalense y, sin duda, también en el Alcázar Real, fueron frecuentes las sesiones en que se mezclaba la poesía con los recitales de canto y vihuela. Música exquisita y refinada, de notable complejidad, pues el vihuelista soporta una trama polifónica tanto cuando toca en solitario fantasías, danzas o arreglos instrumentales de piezas vocales como cuando acompaña a un cantante; música que sin duda serviría en el XVI para paliar el rigor del estío en

noches como la del viernes. Ése fue el sentido básico del recital que ofreció El Cortesano en los Jardines del Alcázar. Ver a 400 personas disfrutar en respetuoso silencio de una música austera y noble, en la que el sentido poético de los textos tiene casi tanto valor como la melodía o el entramado de voces instrumentales, era como una forma de retrotraerse cinco siglos en el tiempo. Poco importa la excusa para la programación del recital (el supuesto 450 aniversario de la muerte de Diego Pisador, salmantino, autor de uno de esos siete libros de vihuela referidos).

Lo esencial era asistir al rescate de la tradición que nos proponía un dúo que lleva casi una década dedicado casi en exclusiva a este empeño.

La voz de José Hernández-Pastor empieza a ser bien conocida en Sevilla (muchos recordarán sus recientes prestaciones con La Colombina o su papel de Don Quijote en la *Dulcinea* de Sotelo para el Maestranza). Se trata de uno de los grandes contratenores españoles de nuestros días y, posiblemente, quien mejor conoce y más esfuerzos ha dedicado a este difícil repertorio, que en sus labios suena con una claridad en

la pronunciación (vital para esta música), una profundidad de matices y una variedad en la expresión extraordinarias, bien marcada la distancia entre las refrescantes *villanellas* italianas y la sobriedad del villancico y el soneto españoles, aunque los mejores resultados quizá los obtuviera en los romances, dichos con una prosodia honda e impecable. Superando como buenamente pudo las dificultades que le causó la brisa nocturna (tan agradecida por el público), Ariel Abramovich no sólo desentrañó con sobrada transparencia la polifonía escrita para su instrumento, sino que supo fundirse con la voz de su compañero en admirable concordia de acentos, intensidades, color y sentido expresivo.